

CONDICIONES.

Este periódico se publica todos los días a las siete de la mañana excepto los lunes.

Suscripción en la capital... \$ 1 50 al mes.
Fuera de la capital... 2 00 "
Números sueltos... 8

A los repartidores se les expedirá el *Federalista* á razon de 5 pesos el ciento.

DESPACHO.

Calle de Sta. Clara, bajos del N.º 23.

EL FEDERALISTA

POLÍTICA, HACIENDA, ECONOMÍA POLÍTICA, INSTRUCCION PÚBLICA, JURISPRUDENCIA, GEOGRAFÍA, ESTADÍSTICA, COLONIZACION, MEJORAS MATERIALES, MINERALOGÍA, ARQUEOLOGÍA, MEDICINA, AGRICULTURA, INDUSTRIA, COMERCIO, LITERATURA, CIENCIAS, BELLAS ARTES, MUSICA, TEATROS, AMENIDADES, COSTUMBRES, MODAS.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Despacho de la imprenta de la 2.ª calle de la Monterilla núm. 12.

Librería de Aguilar, 1.ª de Santo Domingo núm. 5.

Librería de Zapata, S. José el Real, n.º 17.

AVISOS.

Dirigirse al despacho de la segunda calle de la Monterilla número 12, y á la Agencia general de anuncios, calle de Cadena número 24.

COLABORACION.

Instrucción pública.—Sres. D. José María Baranda y D. José María Iglesias.
Hacienda, Crédito Público, Economía Política, Industria.—Sres. D. Manuel Payno y D. Guillermo Prieto.
Jurisprudencia.—Sres. D. Rafael Donde, D. Manuel O. de Montellano y D. Manuel Silíceo.
Geografía y Estadística.—Sr. D. Antonio García y Cubas.
Mejoras materiales.—Sr. D. Santiago Méndez.
Mineralogía.—Sr. D. Antonio del Castillo.
Arqueología.—Sres. D. Alfredo Chavero y D. Manuel Orozco y Berra.
Medicina.—Sr. D. Aniceto Ortega.
Comercio.—Sres. D. Alejandro Argüandar y D. Manuel López Moqui.
Literatura.—Sres. D. Ignacio M. Altamirano, D. José T. de Cuellar, D. Juan A. Mateos, D. Manuel Pereda, D. Vicente Riva Palacio, D. Justo Sierra y D. Francisco Sosa.
Ciencias aplicadas.—Sr. D. Gumersindo Mendoza.
Bellas Artes.—Sr. D. Alfredo Bubllet.
Costumbres, Modas, Amenidades.—Proteo y Flora?

SANTO DEL DIA.

San Pedro Alcántara y Santa Taide penitente.

EDITORIAL.

EL JUGADOR Y EL JUEGO.

El juego es una de las mayores calamidades que aquejan á la humanidad: una enfermedad moral que aniquila la dignidad, mata los afectos mas tiernos, destruye las mas legítimas aspiraciones, y malea hasta el amor, germen fecundo de nobles y brillantes acciones. Cáncer roedor de la sociedad, enemigo implacable de la honradez, compañero querido de la maldad, de la traicion y de cuantas acciones vituperables y bastardas pueden nacer de la avaricia que agota los mas bellos sentimientos y corrompe nuestro corazón, el juego no parece sino que pone una venda á la razon para llevarnos de precipicio en precipicio, de crimen en crimen, hasta dejarnos en el abismo de la licencia y la prostitucion.

No busquemos un noble sentimiento, una fibra delicada en el seco corazón de un jugador. La amistad es un solo recuerdo, un fantasma para él: al jugar, sacrificará al compañero de su juventud y al mayor de sus benefactores para apoderarse de su dinero, y será mil y mil veces un Judas que lo venderá, si de tan infame procedimiento le resulta alguna ventaja.

No espere encontrar dulce eco en su alma el ruego amante de la buena esposa; no lo espere tampoco el llanto tierno y conmovedor de sus hijos. Sordo á las voces de su conciencia y de su deber, abandonará siempre á su compañera y olvidará sus obligaciones de padre, para pasar la noche en el garito, acompañado de otros seres tan despreciables como él, que rodeados de botellas, se ocupan solo de engañar á sus semejantes, mostrándoles como cebo un monton de monedas adquiridas sabe Dios como.

No hay cosa que propenda mas eficaz y directamente al fomento de la vagancia que el juego. El infeliz neófito que ve desaparecer en un momento el dinero, fruto de sus afanes y desvelos, producto quizá de largos meses de trabajo, siente apoderarse de su alma el desaliento, y bullir en su imaginacion el deseo ardiente de buscar allí mismo y con la propia facilidad la recuperacion de lo perdido;—si, por el contrario, le sonríe la fortuna, se le hace pesado recurrir al duro trabajo en

pos de los recursos indispensables para atender á sus necesidades, cuando tan brevemente los consigue en el vicio.

Hombres que antes de pervertirse hubieran sido incapaces de ocupar á su mejor amigo en solicitud de un auxilio para cubrir esas necesidades, los vemos descaradamente asediar hasta á las personas desconocidas, en demanda de empréstitos mezquinos, y esto con ruegos que apenas al mismo á quien petardean. La precision de tener que reunirse en el juego con personas de todas clases y condiciones, es uno de los mayores males, y asimismo motivo de contagio y de que se pierda la dignidad que en todas ocasiones debe conservar el hombre. Así, vemos muchos individuos que ocupan una ventajosa posición, que por sus hechos son dignos de consideracion, alternar con gentes á quienes no habrian concedido un saludo fuera de la sociedad pestilente y corrompida del garito.

El jugador está expuesto á cometer toda clase de crímenes para proporcionarse los medios de sostener sus vicios. Cuando se ve atacado del vértigo que producen las grandes pérdidas é imposibilitado por ellas de asistir á la casa de juego; cuando no encuentra quien le preste dinero para tomar una revancha que considera segura; cuando mira en manos ajenas el oro que se figura deben darle gratuitamente, es capaz de asesinar, de robar para obtenerlo, por mucho que comprenda la fealdad de tales crímenes.

El dinero ganado en el juego parece que lleva en sí el sello de la maldicion divina. De él nunca se utilizan los buenos, ni goza largo tiempo el que lo consigue. Adquirido fácilmente, se tira á manos llenas, y regularmente en orgías, en objetos de lujo, en vicios que parecen anexos al del juego: esto, cuando no al poder de usureros que comercian con el desorden y los crímenes de sus semejantes.

En fin, el juego puede llamarse el vicio por excelencia, el padre natural de todos los crímenes, la fuente de todos los males y la mas funesta plaga que aqueja á la sociedad.

Ahora bien; si el juego inspira horror á todos aquellos que abrigan sentimientos de moralidad; si todos conocemos los males que nos atrae; si los mismos que se dejan por él dominar, en sus momentos de lucidez lo maldicen, ¿por qué subsiste? Porque la pobre humanidad es débil; porque el hombre, aisladamente, es capaz de practicar todos los males, con conciencia muchas veces de que en ello le sucede su propio perjuicio, labra su propia desgracia.

Compete así á la misma sociedad la extirpacion del mal; compete á sus servidores, que no son otros que los que de su seno ha elegido para hacer cumplir las leyes dictadas por la razon y la justicia; al gobierno que ella propia se ha dado, para que como juez imparcial premie al bueno y al malo castigue, y como cirujano hábil, separe del cuerpo los miembros que le son nocivos.

Desgraciadamente, estos gobernantes se olvidan algunas veces de sus deberes, y en aras de su ambicion, sacrifican á aquellos mismos que les pagan para que les sirvan; y el vicio es tolerado, y el crimen cubierto, y la ley bolland.

Así, hemos tenido el disgusto de ver en dias atrás el juego tolerado, convertido en *oficio*, pagando *patente* los infames garitos don-

de se abría indistintamente las puertas para su perdicion al niño y al anciano, al jornalero y al potentado, al bandido y al hombre honrado. Hemos pasado por el dolor de que denunciados por la prensa esos focos de infeccion, y aun señalados valientemente con el dedo por escritores de conciencia, no se haya atendido á sus quejas. Hemos sufrido la pena de que al pueblo, en vez de inspirarle horror por el feo vicio del juego, casi se le incite á practicarlo, haciéndole creer que contribuía con ello al bien del Estado, al logro de empresas de general utilidad.

Esto es horrible: esto es desconsolador para el hombre de la tribuna pública que se llama periódico, que sacrificándose en aras de la verdad, solo desea la moralizacion, el adelantamiento de la sociedad.

Y cuéntese que no nos referimos solo á los inmundos garitos donde la roleta y el monte convidan á la ruina, al enviciamiento de los hombres honrados. Esos son como el epilogo de la obra que comienza con las inmorales loterías, que afortunadamente van muriendo por sí propias. Queremos ver desaparecer toda sombra de iniciativa por parte del Gobierno en el juego; toda participacion de la ley en el vicio. Reclamamos la atencion del Congreso, para la pronta supresion de lo que uno de nuestros conocidos escritores ha llamado con bastante propiedad «La gran estafa»: la del ilustrado Sr. Montiel, gobernador del Distrito, sobre los garitos en que se brinda al pueblo en dorada copa, el vicio y la desmoralizacion. El Sr. Montiel, en quien nos complacemos en haber hallado un azote para tales casas, sabemos que se ocupa muy mucho de su exterminio; aplaudiendo su proceder, nos tomamos la libertad de excitarle á que continúe firme en su propósito que, llevado á cabo, le atraerá la simpatía de todos los hombres de bien.

Al formar coro con varios colegas que denodadamente tratan hoy tan importante cuestion, y pintar el vicio tal como es, quizás repitiendo lo que otros han ya dicho, sabemos que nos concitamos algunos odios; pero no nos importa, pues todo periodista que tenga siquiera conciencia de su deber y no aparezca prostituir la mision que se le ha impuesto, debe propender al exterminio de los vicios que por desgracia de la humanidad aparecen periódicamente entre ella, y que como el juego, traen tan lamentables consecuencias, declarándoles guerra abierta, no solo á los mismos viciosos, sino á cualquiera otra persona ó personas que contribuyan á fomentarlo, sin que basten mezquinas y serviles consideraciones para enmudecer ante la iniquidad, nunca disculpable á nuestros ojos. Bien podemos ser benignos con el que obra mal por ignorancia ó por error; pero nunca con el que conoce lo malo, y sin embargo lo practica.

M. QUESADA.

ESTUDIOS MORALES.

LA MUJER MODESTA.

II

Sobremañera útil y necesario es poner ante los ojos de la mujer un cuadro que represente en una de sus partes lo que la hará ser buena, y en otra, lo que la degradará y

perderá infaliblemente. Es preciso establecer un paralelo entre las buenas y las malas cualidades de su corazón, para que al compararlas resulte el triunfo de las primeras. Porque no nos cansaremos de repetir lo que otras veces hemos dicho, y es, que si la mujer no llena siempre como es debido la mision que le ha sido confiada, es no por otra cosa sino por las faltas del hombre mismo que no procura darla á conocer toda su importancia, ó porque en el hogar no ha recibido esa educacion pura, esa educacion moral de la mujer cristiana; ó cuando menos, por último, porque habiéndosela de todo muy superficialmente, halagándola demasiado, y permitiéndola todo, porque hay muchos que están en el error de que el cariño tiene que ser tolerante y condescendiente hasta el extremo, la dejan crecer como un árbol, sin direccion, que en vano querriamos rectificar si se ha torcido desde el principio por nuestro abandono.

Recorramos, pues, los diversos estados de la vida de la mujer: hija, amante, esposa y madre; detengámonos en cada uno de ellos á hacer algunas prudentes reflexiones, alumbrados por la antorcha de nuestro amor á ella, ya que ese mismo amor no nos ciega, y nos permite razonar; y así estos estudios vendrán á comprobar todo lo que dijimos en nuestro artículo anterior.

Todos los deberes de la mujer en el estado de que vamos á ocuparnos, pueden reducirse á este solo: la obediencia; porque á él se refieren los demas, y es, por decirlo así, la base fundamental de ellos.

Es el corazón en sí rebelde á todo aquello que tienda á refrenar sus pasiones. Parece que existe una fuerza poderosa que lo impele á hacer todo aquello que le está prohibido ó que puede acarrearle un mal, y es por esto que guiándose solo por sus propios instintos, se precipita casi siempre en un abismo. Por eso es tan necesaria la prudente direccion de las personas á quienes el tiempo ha dado sus severas lecciones; y el que no las recibe, rara vez ó nunca podrá llegar á alcanzar un término feliz á su carrera.

Así, la mujer animada en su juventud por el espíritu de obediencia, escucha los prudentes consejos que la dan, encaminados no á otra cosa que á procurar su felicidad, y por esa misma obediencia cumple la mujer aquellas reglas invariables y eternas que aunque á primera vista parece que hacen árida la existencia, en la virtud, forman el prólogo de una vida en un paraíso de ventura infinita; y no deben nunca olvidar que muchos se han visto privados de gozar algun bien supremo, porque no han sabido vencer las dificultades que hay que pulsar antes de alcanzarlo.

Todo ese inmenso tesoro de virtud acumulado en el corazón de las buenas madres; todas esas lecciones puras y santas de la moral cristiana; todas esas lecciones emanadas de la experiencia y los años, se hacen inútiles é infructuosas desde que falta en una joven el espíritu de obediencia de que ahora nos ocupamos. Los consejos que se la dirigen, son como la semilla arrojada sobre las rocas, expuesta á la inclemencia de los elementos, y convertida al fin en miserable polvo, en nada, cuando pudieran haberse obtenido óptimos frutos, si esa semilla hubiese sido plantada en otro lugar.

Ha puesto Dios en el corazón de las ma-

dres una ternura tan infinita, tan incomparable; ha dotado á la mujer de un instinto tan sin igual para procurar en todo el bien de sus hijos, que solamente cuando se aparta de la naturaleza, cuando se corrompe de tal suerte que se hace un monstruo, deja de velarlos con solícito afán. Y ¿de qué serviría todo ese afán, toda esa ternura, toda esa bondad, si la mujer joven, la hija, es indócil, inobediente; si solo quiere seguir los impulsos de su corazón, y menosprecia la voz de una madre, que es la voz del cielo?

La hija sin obediencia es un ser ingrato y temible, puesto que siendo la vida en el hogar paterno, la preparacion para entrar al estado difícil del matrimonio, debe adquirirse en ella la ciencia de la vida, es decir, la ciencia que enseña á hacer felices á los seres que dependen de nosotros ó que viven á nuestro lado.

La hija sin obediencia amarga las horas de la vida de la madre que vislumbra para ella un porvenir de horrores, lo mismo que para todos los de la nueva familia que con ella se forme, y la hace verter lágrimas de dolor al ver como han sido inútiles sus esfuerzos, y como se habrá de atribuir á ella lo que no es sino el efecto de un carácter indomable. Y ¿qué podrá esperar el hombre de la mujer que ha menospreciado á su propia madre? ¿podrá hacernos sonreír de felicidad, la que ha hecho llorar á ese ser bendecido y sagrado? La que tiene el corazón acostumbrado á no seguir sino sus propios impulsos, ¿podrá ser una buena esposa, tierna, condescendiente, y dispuesta no solo á ejecutar cuanto el hombre anhele, sino á interpretar antes sus deseos para satisfacerlos y probarle así el empeño con que estudia su carácter hasta en sus rasgos mas ocultos?

Mucho dudamos, ó mejor dicho, creemos imposible que la que haya sido mala hija pueda nunca ser buena esposa y buena madre.

La primera y la mejor amiga de una joven debe ser su propia madre. De nadie podrá esperar mayor sinceridad y mas constancia; de ella no podrá dudar ni temer que sus secretos sean revelados, y sobre todo, de nadie podrá esperar mas leales y útiles avisos. Y decimos todo esto, porque no una, sino mil veces hemos oído confesar á las mismas mujeres los recelos que abrigan en sus amistades y las constantes intrigas y tramas de que son víctimas. Multitud de veces nos han asegurado las mujeres que se fian mas de los hombres (y esto que rara vez lo hacen), que de sus compañeras de sexo. Mucho podríamos escribir sobre este asunto, pero sería desviarnos de nuestro propósito.

Decíamos que la primera y la mejor amiga de una joven debe ser su propia madre; pero al hablar así, no nos referimos á que á ella deben hacerse aquellas confidencias que solo se hacen á otra alma joven, á una alma compañera. No queremos que se distraiga á las madres un solo momento en el desempeño de sus elevadas y difíciles obligaciones, con asuntos que no sean de trascendencia; nos referimos á todo aquello que debe comunicarse no solo por el deseo de desahogar en otro corazón lo que en el nuestro sentimos, sino también con la mira de recibir una leccion ó escuchar un consejo prudente. Nada es mas ridículo ni mas reprochable que la